



LA HISTORIA DE COLOMBIA ha estado marcada por la búsqueda de la paz. Solo en el siglo XIX, el país vivió 42 guerras civiles. En esa medida, todos los colombianos hemos sido tocados por la guerra. Claro, unos más de cerca que otros, pero todos llevamos dolor adentro. Incluso por muertes de personas que ni siquiera conocíamos personalmente, como la de Jaime Garzón. Este país sería muy diferente con su presencia, con su humor, con la frescura que llevaba a donde fuera. Y así pasa con muchos otros. Por eso el sufrimiento es colectivo, nos ha tocado a todos de una u otra manera.

Al mirar atrás, lo que estamos viviendo con las Farc parece difícil de creer. Por primera vez, en siglos, se vislumbra la posibilidad de que la paz sea posible y, ante esta alternativa, todos deberíamos estar agarrados de la esperanza, de la voluntad, del deseo de transformar esa historia que nos tenía aplastados. Por fin podemos considerar que no estamos

destinados a la guerra, como tal vez lo piensan las generaciones más jóvenes, que han oído sobre lo mismo desde que nacieron. El círculo del conflicto se reproducía de manera inevitable, como una condena de la que no podíamos escapar, independientemente de nuestras acciones. Ahora todo es diferente. Colombia ha demostrado que puede detener ese círculo vicioso, tenemos la capacidad de sobrepasar esos estados bélicos y entrar en una cultura de paz.

Por muchos años nuestra guerra fue entre partidos. La crueldad entre liberales y conservadores era más dramática, incoherente y absurda que el conflicto con las guerrillas. Ahora tenemos que sacar provecho de que el establecimiento, en sí mismo, está en paz, y quiere acabar la guerra con un agente externo, las Farc. Hay oposición, por supuesto, como corresponde a todo sistema democrático, pero, al final, todos los partidos buscan lo mismo.

SE HACE CAMINO AL ANDAR

La paz es un estado del alma, que se alcanza cuando eliminamos el conflicto de

CUANDO ENTENDEMOS QUE EL SUFRIMIENTO NO ES SOLO NUESTRO, CREAMOS PUNTOS DE UNIÓN QUE NOS LLEVAN A CONSIDERAR LA POSIBILIDAD DEL PERDÓN.

nuestras relaciones con otros seres humanos. La paz es entendimiento. La paz es comunicación. La paz es encontrar aquello que tenemos en común. La paz es tratar de entender al otro. Esa sensación de paz es la más hermosa que puede tener el ser humano. No es fácil alcanzarla, Colombia ha sido prueba de ello, pero tampoco es imposible. Y ahora, para construir el país que queremos, todos tenemos que disponernos a la paz.

Ante la oportunidad que tenemos frente a nosotros y el tamaño del desafío que afrontamos, los colombianos, independientemente del bando en el que nos encontremos, tenemos que entender que todos hemos sufrido. Incluso los guerrilleros han perdido sus madres, sus hermanos, sus amigos. Han sufrido los empresarios, los políticos y los campesinos. Cuando entendemos que el sufrimiento no es solo nuestro, sino que lo compartimos con otros –a pesar de estar en orillas opuestas–, empezamos a construir puntos de unión que nos llevan a considerar la posibilidad del perdón. Por otra parte, tenemos que alimentar la voluntad de paz. Cuando uno está en medio del dolor tiene dos opciones: seguir rencoroso y vengativo, o buscar la tranquilidad. Y eso supone borrar todas las marcas que hayan quedado de la guerra.

Además del trabajo personal e íntimo de cada quien, tenemos que fortalecer bases culturales de tolerancia y pluralismo, para garantizar que en nuestra sociedad podrán vivir personas distintas, incluso antagónicas. Un estado social de derecho debe recoger en su seno todos los opositores y brindarles, sin excepción, bienestar y justicia. De eso depende la democracia, de que no haya un solo bando que imponga su verdad. El espíritu democrático tiene que auscultar diferentes posiciones, y lo interesante es que lo hace por medio de discursos, no de balas.

SIN JUSTICIA NO HAY PAZ

A Colombia le sobran ganas y le falta justicia. Al ver los índices de pobreza, nuestro país pierde el año. Aquí, la acumulación de la riqueza está en muy pocas manos. Si la clase dirigente no entiende que debe trabajar por una repartición más democrática de los bienes, no vamos a llegar a la paz, porque la paz con hambre no es paz.